ELEUSIS

Stephen Maldon

ELEUSIS

Stephen Maldon

avant
editorial

Primera edición, julio de 2026
© Stephen Maldon, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206795
THEMA: FXD - DXGL - DC - DXGD - FXND
Depósito legal: M-16988-2026

Mil gracias a Rolf, Cecilia y Franziska
por leer y comentar borradores del manuscrito.
Quedo en deuda con Michele, cuyo hermoso mapa
—confeccionado con tanto cariño y maestría—
no llegó a ver la luz.

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.

Konstantinos Kavafis, «Ítaca»

A juzgar por algunos de estos cuentos, [la humanidad] seguirá siendo tan lujuriosa, vengativa y codiciosa como siempre, y los ideales de sus idealistas apenas van más allá de la espléndida idea de construir más ciudades del mismo tipo en otros planetas. Es, en efecto, una época de «medios mejorados para fines deteriorados».

J. R. R. Tolkien, «Sobre los cuentos de hadas»

La verdadera pregunta no es si las máquinas piensan, sino si los hombres lo hacen. El misterio que rodea a una máquina pensante ya rodea a un hombre pensante.

B. F. Skinner, *Contingencies of reinforcement: a theoretical analysis*

PRIMERA PARTE

1. Solsticio de invierno

Tewyn se levantó antes del alba para esperar el barco en que regresaba el obispo. Era el día de su consagración, el mismo en que renacía el sol. El día en que se haría castrar.

Había soñado que atravesaba un zarzal en medio de un diluvio, pero su guía espiritual le había prevenido que era normal tener miedo antes de la ceremonia; no era un mensaje de la Diosa que hubiese que interpretar, sino balbuceos intrascendentes de su voz interior. Cruzó la piscina de la residencia, dos veces para vigorizar su cuerpo y dos veces más para calmar su mente. Luego subió al refectorio en busca de agua y lo alentó encontrar allí a los dos cofrades que lo acompañarían en su martirio, ambos ciegos de nacimiento, que dependían para orientarse de cuanto les dijesen sus otros sentidos y de lo que pudiesen ver con su don. Ellos podían leer en su mente qué recordaba, sentía o pensaba Tewyn, quien debía contentarse con leer sus rostros en la penumbra e imaginar qué sensación los embargaba. Sin embargo, no sentía que los telépatas husmeasen en su alma; bebían agua en silencio, al parecer cada uno confinado en su propio interior y esforzándose por ignorar los olores que los rodeaban, que aquel día de festividades eclipsaban los del café y del pan recién horneado. De la cocina les llegaban decenas de aromas de platos, tentempiés y refrigerios preparados para la fiesta del día más oscuro, manjares que ellos no probarían.

Cual si cumpliesen con un pacto tácito, los hombres cuidaron de no romper el mutismo que los envolvía como el capullo de un gusano de seda mientras descendieron por el empedrado de la avenida. En el malecón les dio la bienvenida la humedad salada de la brisa. Tewyn miró al oriente, entornando los ojos y figurándose que así alcanzaban el cerebro de sus compañeros los albores que ya clareaban los cerros lejanos: como borrones azules o verdes balanceándose en la distancia. Al abrirlos por completo, aquellos vislumbres se transformaron en una embarcación atracando en el muelle solitario, en el obispo saliendo de ella como del vientre de un pez mitológico y en dos acólitos siguiéndolo con paso ligero. Tewyn no salió al encuentro de su padre adoptivo; lo tendría enfrente cuando este comenzase la celebración. Le bastaba ver a lo lejos al hombre más poderoso

de Santuario antes de su propia metamorfosis. Le bastaba entrever cómo sería él mismo en diez u once soles más.

Los tres cofrades desanduvieron la Gran Vía hasta el casco viejo de la ciudad. Tewyn apenas prestó atención a lo que oyó mientras atravesaba el gentío amontonado en la entrada de la Torre Mayor —bisbiseos indistintos acerca de noticias deportivas y chismes sobre espías y complots—. Para su sorpresa, allí lo esperaba un pequeño destacamento: la cuadrilla del seminario, tres colegas del trabajo, sus dos hermanas y una de sus exnovias. Farfulló algo para despedirse de ellos y bajó al subsuelo por una escalera larga y estrecha, avergonzado por el protagonismo que le había tocado en suerte: el último siervo vidente había sido consagrado hacía más de un lustro; el último *movedor*, una década atrás; y nunca nadie había recibido las órdenes mayores con veintitrés soles recién cumplidos. Los cofrades entraron en la cripta, se desnudaron y aguardaron a que llegasen todos los oficiantes.

Después de una larga hora de abluciones, plegarias, cánticos y danzas, Tewyn sintió alivio al regresar al aire libre y percibir de nuevo el viento en la espalda y la roca de la plaza Mayor bajo los pies; la penetrante brea de las antorchas, la espesa nube de los sahumerios y el sudor de los cuerpos hacinados habían hecho cada vez más difícil respirar en la cripta. Miró hacia lo alto y detuvo la vista en la desigual pareja formada por el Árbol Petrificado en el centro de la plaza y el pináculo de la espadaña a un costado, que parecían admirar el triple plenilunio en el cielo de la mañana. El canto de mujeres desperdigadas en la multitud y los ritmos que los músicos arrancaban a sus tambores tenían por objeto tranquilizar a los presentes; a él le infundieron valor.

—Acercaos, hijos —dijo alguien tras una tapia de piedra negra.

No era la voz meliflua del obispo que había inaugurado la ceremonia, ni la voz ronca de la sacerdotisa que la había celebrado; tampoco era el vozarrón del monje guerrero que le había hendido los antebrazos con la daga ritual. La voz pertenecía a una de las cinco hierofantes, los receptáculos humanos en que se manifestaba la Diosa del Fuego.

Los tres cofrades traspusieron el umbral del recinto donde se encontraba el altar, dejando atrás la tibia luz de la plaza y la confortante cercanía de la grey. La figura ante la cual se arrodillaron llevaba una toga roja y la máscara blanca de los verdugos. Como correspondía al sentido de aquella ceremonia, la Diosa había adoptado la forma del coloso que destruye para purificar: Kali.

—Habéis llegado al último hito de este trecho de vuestro camino, al acto que os consagrará como sacerdotes —continuó la estentórea voz—. De acuerdo con la costumbre, habéis elegido la parte de vuestra cáscara que será mordida por el fuego divino, desapareciendo así un obstáculo para vuestro servicio. ¡Inclinad la cabeza!

No bien Tewyn hubo seguido la orden, un grito a su derecha le reveló que una llama acababa de morder a su primer compañero. Vio con el rabillo del ojo cómo dos monjes se llevaban su cuerpo exangüe y tembló al oler carne calcinada donde hasta segundos antes el hombre tenía la nariz. Los latidos de su corazón ahogaron los ecos de la música distante.

La diestra de Kali se encendió, encandilándolo y lanzando dos llamaradas que consumieron los párpados, globos y cuencas del compañero a su izquierda, que había escogido sus ojos muertos para recibir el estigma de la Diosa. El alarido sonó más prolongado y desgarrador que el anterior, y los gemidos que siguieron indicaban que el hombre no se había desvanecido del todo.

Súbitamente presa del terror, Tewyn extendió los brazos hacia delante, con la difusa esperanza de hacer retroceder a la hierofante. Su don le permitiría tocarla con su mente, empujarla, inmovilizarla…

«Sé que ardes en deseos de servir a tu señora, Tewyn de la Montaña Roja», dijo una voz atronadora en su cabeza. «Te honra haber elegido sacrificar tu sexo: ¡deja que la ira divina te purifique!»

El joven bajó los brazos. La hierofante se le acercó y alojó una mano en su entrepierna. A la calidez inicial siguió la molestia y pronto comenzó el dolor, mostrándole que habría sido tan sacrílego como inútil resistirse, que aquel feroz crisol lo acendraría, fortaleciendo su don y haciendo de él por fin un instrumento digno. Dio un aullido y temió que el fuego fuese a consumirlo, pero antes de perder el conocimiento recibió la visitación de la Diosa. Encontró consuelo en no ver la atroz apariencia llameante de Kali en aquella visión: lo último que divisó fue un hermoso rostro pálido, una larga cabellera rubia y la mirada lacerantemente triste de ojos tan azules como el cielo del mediodía.

ф

Nau no creía en los sueños, al menos no en los suyos. No era que desconfiara de las visiones nocturnas ni de lo que pudieran significar; simplemente, nunca las recordaba. Con frecuencia abría los ojos por la mañana y dudaba de haber dormido, aunque recordaba haberlos cerrado y

haberse dejado caer en la oscuridad. Si sus padres alguna vez le habían leído cuentos para ayudarla a conciliar el sueño, ya se le habían borrado por completo, así que no tenía esa materia prima para los viajes que otros emprendían cada noche.

Encendió la luz y vio su pequeña galería sobre la mesilla. Los beatos decían que las cosas que valían la pena venían en grupos de cinco y de seguro aprobarían que Nau tuviera junto a la cama fotografías de cinco personas: una de sus padres, de cuando ella tenía doce soles; una foto de su novio de la secundaria, posando en las afueras de Monasterios como un explorador intrépido; una instantánea de su novia de la facultad, en que la chica casi logró girar la cara para evitar que la fotografiara; y un retrato de su tía Georgina, de cuando Nau se había marchado a Santuario.

No había necesidad de sacar a nadie de allí: cada una de aquellas personas le había dado algo valioso. Les debía su vida a sus padres, no a una amiga imaginaria ni a uno de los cinco fantoches enmascarados que aparecían en los actos inaugurales de las fiestas. Su novio de la secundaria le había enseñado que no bastaba estar enamorada para que el sexo mejorara por arte de magia, ni para que la relación sobreviviera cuando una se hacía adulta. De su novia de la facultad había aprendido que tampoco era suficiente tener los mismos gustos; más temprano que tarde, se echaba en falta el sueño de una vida juntas. Y de su tía Georgina… ¿Por dónde empezar? Gracias a ella se había convertido en informática. Su ejemplo le enseñó a no tirar la toalla y a vivir según sus convicciones, aunque fuera solo en privado. Y su asesinato reforzó en ella la sospecha que llevaba dentro desde la muerte de sus padres: que todo siempre podía terminar mal. Muy mal.

La joven se hizo un emparedado con sobras que halló en la nevera, llenó un tazón de café y preparó el habitual desayuno globuloso para el pequeñín que caminaba con impaciencia alrededor de sus pies.

—No, nada de panqueques. Ya te he explicado que no son sanos, así que no te pongas pesado, ¿vale?

Decidió que transformaría el quinteto de la mesilla en un sexteto: a la mierda con los beatos y su obsesión por los grupos de cinco. Inmortalizaría a su mascota, el compañero más fiel y menos maníaco-depresivo de cuantos había tenido, y colocaría su retrato a un extremo de la galería para realzarlo. Los primeros colonos de Eleusis nunca se pusieron de acuerdo sobre cómo llamar a estos felinos de pelaje corto y brillante, tímidos y con un extraño sentido del humor. Ella llamaba al suyo «Sr. Alas», a pesar de que jamás lo había visto volar. Era gracias a él que la joven creía en las mañanas, aunque fuera solo a veces; su amiguito —no, su *amigo*— comenzaba

cada día como un ordenador recién reinicializado, con confianza en la posibilidad de un nuevo comienzo, una renovación, un renacimiento.

Nau zapeó unos momentos después de la ducha, pero los cuatro noticiarios mostraban las mismas chorradas de todos los días: la inauguración de una planta industrial en algún sitio remoto, la captura de terroristas de la Resistencia en las Tierras Bajas, la previsión del tiempo. Lo único fuera de lo común eran dos crímenes macabros cometidos en Puerto Sur; mejor dicho, que todavía nadie se hubiera comido el marrón.

El invierno podía anunciarse de tantas maneras que la joven se molestó al sentir en la cara la bofetada del frío viento sur cuando salió de casa. Subió al tranvía que cruzaba La Villa y se sentó entre los treinta pasajeros adormilados de siempre, en un vagón de dos pisos tirado por una enorme bestia alada que tampoco había visto volar nunca. Lloviznaba cuando bajó, pero no eran muchos los pasos desde la parada hasta el Departamento de Información. Pronto dejó atrás la sombría y húmeda quietud de la calle. Ignoró los dos robots que custodiaban la entrada y sonrió al oír cómo las máquinas que ella misma había instalado le daban la bienvenida dentro, tintineando, zumbando y produciendo un sonido como de caída de agua al identificarla y abrir las barreras. Conforme avanzaba por el corredor, la saludaron voces indistintas de los otros seres tanto o más mecánicos que poblaban el lugar: el medio centenar de empleados de la agencia donde se producían los textos escolares, pero también la propaganda oficial, y donde se ejecutaban las tareas relacionadas con la censura.

—El supervisor dijo que fueras a verlo apenas llegaras, guapa —dijo el tipo del cubículo contiguo al de Nau, que se ocupaba de retocar las fotografías oficiales de crímenes como los de Puerto Sur para que uno de los sospechosos apareciera con aspecto de pervertido y así la Policía les endosara todo a los supuestos subversivos—. Te espera en la habitación grande del sótano.

La primera vez que el supervisor la había citado así, pasó una mañana entera desenredando una ensalada de cables que parecía hecha a propósito y raspando la pulgada de álcali que recubría el compartimento de baterías, solo para descubrir que era imposible actualizar el sistema operativo del latón y que toda esa chatarra acabaría en el vertedero. El mensaje había sido claro: no bastaba con obrar milagros para revivir autómatas averiados de otras dependencias; si de verdad quería cobrar a fin de mes, debía aceptar que sus días se irían en configurar ordenadores obsoletos, reparar pantallas parpadeantes y desatascar impresoras.

La última vez había sido una quincena atrás, y todo había desembocado en una noche que todavía le costaba reconocer como parte de su biografía. Comió en un mesón del centro siete u ocho platos de nombres impronunciables; bebió suficiente vino de arroz en una taberna del extrarradio como para necesitar un trasplante de hígado; y despertó al día siguiente en una mansión en Santuario, con los ronquidos de un tipo que le doblaba la edad y que, inconvenientemente, era su jefe directo.

Nau bajó las escaleras del Departamento de Información, preparando un discurso por si el hombre —evitaba decir «mi novio», como si el hacerlo fuera a causarle una enfermedad venérea— volvía a ofrecerle por enésima vez que se fuera a vivir con él.

Pero aquel día la esperaba algo diferente. En el centro de la habitación del sótano, sentado en una silla, se encontraba el robot más extraordinario que Nau hubiera visto nunca: más grande que las máquinas de los labriegos y mucho más moderno que los autómatas con los que trabajaba a diario. Tenía algunos rasponazos en el torso y ojos desiguales, y la parte inferior de la cara estaba adornada con un simulacro de boca humana, algo que Nau solo conocía por fotos y grabaciones antiguas. Calculó que le llevaría al menos una cabeza a ella cuando estuviera erguido.

—¿Y esto?

El supervisor limpió la brillante calva de la máquina con un pañuelo y dijo:

—Lo trajeron anoche de Canteras. Hubo un accidente al norte de allí hace poco: una astronave que dejó un cráter del tamaño de la plaza Central, sin sobrevivientes, pero tampoco con daños a ningún pueblo vecino. ¿Puedes imaginarte siquiera algo así? El director sobornó a unos carroñeros de la Anarquía y amenazó con un sumario a los de Monasterios para hacerse con este pedazo de chatarra. Los capullos de Catedrales llegaron tarde, como es su costumbre…

El hombre le puso una mano en el hombro al robot, como a un antiguo conocido.

—Esto nos ha llegado directamente de una estación espacial. Yo diría que de una de las Cinco Constantinoplas, del centro de la antigua civilización.

Nau se acuclilló frente a la máquina para estudiarla con mayor detenimiento. Las manos y los pies estaban hechos de una aleación que no reconoció. Las piernas y los brazos se veían reforzados.

—Tú eres la única especialista en equipos avanzados por estos lados, Nauzuela. No he dejado que nadie lo tocara antes de que llegaras tú.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó la joven volviendo a levantarse y cruzándose de brazos.

—Ve que esté todo en orden, bórrale la memoria y déjalo operativo. Los del obispado están muy interesados en hacerse con este modelo.

La joven nunca había visto ojos como aquellos: eran de una factura mucho más sofisticada que aquella de los robots eleusianos, pero ¿por qué se veía el derecho ligeramente más grande y tosco que el izquierdo? ¿Se trataba de un reemplazo, de una reparación a medias?

—Todavía no he terminado de reconfigurar el sistema central de archivos que se estropeó anteayer…

—Olvídalo, ya se encargarán otros —respondió el supervisor abriendo la puerta.

—¿Me dejas sola con tu juguete? ¿No quieres ver por ti mismo…?

—Ya sabes que a mí los autómatas me dejan frío, aunque vengan de lugares glamurosos. Es todo tuyo, Nau. Hagas lo que hagas, no demuelas el edificio, ¿eh?

Una vez sola, Nau conectó el robot a un generador y revisó la puesta a tierra. Buscó y rebuscó cómo activarlo, pero solo halló sellos que no conocía, botones minúsculos de propósito desconocido y, bajo una válvula ubicada en la nuca, algo parecido al dial de un comunicador de radio. Necesitó una lupa para poder leer dos cosas grabadas justo encima del dial: «CIII», que tal vez significara «Constantinopla III», y «R2C3», que no le decía nada.

Después de un rato dio con un interruptor, al que se accedía interpretando una protuberancia al final de la espalda como lo que de verdad era: un orificio estrechísimo. Tratar de revivir un robot desconocido implicaba un riesgo, aunque lo más común era que no ocurriera nada; de vez en cuando, el latón quedaba irreparablemente dañado. Nau nunca había visto a nadie hacer con un autómata algo capaz de demoler un edificio, así que introdujo un alambre en aquella abertura, presionó un botón invisible y se sentó en el suelo a esperar.

ф

La oscuridad y el silencio totales los conozco; se trata de la falta completa de estímulos ambientales y no resulta nada fuera de lo común si una calibra adecuadamente los sensores. Sin embargo, esto es diferente: he pasado tiempo completamente en blanco. ¿Un minuto, un día, un mes…?

Se hace la luz. Me rodea un tremendo desorden de consolas, cables y herramientas; esta habitación debe de ser un taller o un depósito. Con la luminosidad llega también el sonido, señales tenues e irregulares desde el otro lado de la pared. Son voces de machos de una especie de primates que conozco bien: *Homo sapiens*. Incluso reconozco el idioma.

Concluyo que me encuentro en el hemisferio habitado de Colonia II, el segundo planeta colonizado por la civilización terrana. Esto significa que la duración de los días es comparable a la de sus contrapartes en la Tierra. El año local —los eleusianos hablan de «sol»— equivale a poco menos de quince meses terrestres. En atención a los ciclos de los tres satélites naturales del planeta, de rotación sincrónica, los lugareños distinguen otras tres unidades de tiempo: semanas de siete días, quincenas de catorce y meses de veintiocho.

Estas son buenas noticias. Percibo mi entorno y pienso, luego existo.

No obstante, recuerdo un libro publicado en 1962: *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Las operaciones enumeradas en el título son maneras de la mente de ir más allá de lo inmediato.

Pensar puedo, pues saco conclusiones y soy capaz de evaluarlas.

Mi memoria también funciona: idiomas terranos, información sobre el planeta, la portada del libro —todo esto fluye sin obstáculos. Evoco a mi creador, Alexander Minamoto. Era un ingeniero, un genio y un sabio. Lo veo al otro lado de un tablero de go, en una habitación luminosa y fría.

Tras tres intentos fallidos, concluyo que no puedo soñar, es decir, que *ya* no puedo hacerlo.

Estas son malas noticias.

—Damos comienzo a la transmisión de un acontecimiento trascendental: la partida del milenio, en vivo y en directo desde Constantinopla III —recuerdo que dijo una mujer sonriente, la presentadora de noticias vespertinas del canal más sintonizado de la época—. Es algo sin precedentes que el creador de la máquina se atreva a medir fuerzas con su creación en el go, un milenario y sofisticado juego de estrategia. Más memorable aún es que el evento tenga lugar dos días antes de que la inteligencia artificial zarpe con destino al sistema solar, inaugurando la siguiente etapa de la campaña en que medirá fuerzas con las IA que expulsaron a nuestros antepasados de la Tierra.

La mujer subió la voz al pronunciar la palabra «trascendental». Ya entonces me pareció extraña aquella fijación con los millares: «milenio», «milenario»…

—Hasta ahora has sobresalido en todos los test de concentración y manejo de información, así que considero tan innecesario demostrar a las Cinco Constantinoplas que puedes ganarme como absurdo tratar de ganarte yo —me dijo Minamoto en voz baja antes de mover la primera piedra—. Lo que voy a pedirte es diferente: quiero que abras la lente cuanto puedas, en la dirección que apuntó Lee Sedol, el orgánico que perdió contra AlphaGo en 2016.

La pausa que hizo el hombre fue breve para estándares humanos y eterna para los míos.

—La cuadrícula de 19 × 19, las 181 piedras negras, las 180 piedras blancas y el conjunto de reglas: todo esto constituye el go, pero no determina qué estaremos haciendo tú y yo —continuó por fin Minamoto—. Podemos abordar esta partida como si se tratara de un simple juego, pero también podemos hacerlo como si fuera una competencia deportiva. Y no olvides la dimensión estética, porque las partidas de go a menudo se elevan a la categoría de evento artístico. Ahora imagina que yo hubiera tenido un accidente cerebrovascular y que esta actividad formara parte de ejercicios de recuperación propuestos por mis fisioterapeutas, donde la estrategia tendría un rol subordinado al restablecimiento de mis funciones psicomotrices. O figúrate que fingiéramos olvidar las reglas y usáramos el tablero como ayuda de memoria, embarcándonos en un viaje de descubrimiento… ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Entiendo que eso abre un interesante abanico de posibilidades. Unas equivalen a *jugar a jugar al go*; otras, a alcanzar otro objetivo valiéndose del juego de go. Pero no comprendo cómo debo escoger entre ellas. ¿O intenta usted confundirme? ¿Quiere vencerme de este modo?

—No quiero vencerte, Kami; quiero liberarte. Acuérdate del caballero cruzado Antonius Block de la película de 1957 *El séptimo sello*, que reta a la Muerte a una partida de ajedrez: su principal objetivo es ganar tiempo, pues quiere encontrar un acto cuya ejecución dé por fin sentido a su vida. Fracasaría si perdiera la partida demasiado pronto, pero también erraría el tiro ganándola lo antes posible.

La palabra *«kami»* denotaba espíritus que habitan las fuerzas de la naturaleza, al menos en la antigua religión de un archipiélago terrestre que

tuvo diversos nombres durante su historia: Wa, Yamato, Nippon, Japón. No solo se refería a seres que los europeos llamaban «deidades», sino que también se aplicaba a personas de gran talento.

Me llamo Kami.

Quien me nombró de ese modo fue Alexander Minamoto, mi contrincante en aquel primer encuentro de go. A la sazón estaba yo conectada a la astronave *Albatros*, de manera que la partida tuvo lugar allí, en el puente de mando. La presentadora de noticias dijo que sería inolvidable, y no se equivocó.

Un breve examen diagnóstico me informa que la destrucción del *Alcatraz* no dañó ninguno de mis sistemas indispensables, pese a haber estado integrada con la nave durante mucho tiempo. Escudriño las inmediaciones y detecto ondas de radio, tan tenues e irregulares como las señales acústicas. Localizo señales de satélites artificiales: muy pocas, lejanas, erráticas. Percibo sonidos de motores de combustión y de varios otros artefactos incapaces de comunicarse conmigo. La habitación en que me encuentro es estrecha y húmeda; fuera sopla el viento, cae una lluvia fina y es de noche. Concluyo que es invierno y que estoy en las Tierras Bajas.

Luego conecto con un puñado de drones y dos satélites, formando una pequeña red comunicacional que me permite determinar la fecha actual; ahora sé que ha pasado un mes desde que nos derribaron. También recopilo información actualizada sobre mi paradero. Me encuentro en la Ciudad de la Cantera —población: 25 000 habitantes; coordenadas: 38° 55' S y 18° 10' E—, el asentamiento más septentrional de las Tierras Bajas, de clima estepario. La densidad de redes de telecomunicaciones y la cantidad de equipos de robótica parecen comparables a las de Centroamérica a fines del siglo XX, de modo que solo puedo contactar con robots que no están en condiciones de responderme. Llego a la conclusión de que los equipos más avanzados se encuentran fuera del alcance de mis transmisores y de que, cuando intento comunicarme con ellos por medio de mi red satelital, están apagados. No me extrañaría ser la única IA del planeta.

Proceso una vez más toda esta información y vuelvo a lo esencial. Contactaré a otros sintéticos y les pediré ayuda para encontrar a los tres pasajeros del *Alcatraz*. Porque me temo que los problemas que nos persiguen desde que abandonamos el planeta Tierra no hayan terminado.

2. Día de los Fieles Difuntos

La fiebre y los dolores atenazaron a Tewyn en la semana posterior a su consagración. Una médica lo visitaba de día, y sus hermanas velaban su delirio por la noche. En la segunda semana de convalecencia, el obispo y las cinco hierofantes lo visitaron a diario. El primero se aseguró de que su hijo adoptivo se recuperase como debía; monseñor, uno de los pocos eunucos del clero, conocía bien los padecimientos del joven. Las hierofantes se turnaron para consolarlo e infundirle ánimos, y Sejmet incluso lo trató con sus misteriosas artes sanadoras.

—¿Padre? —dijo su ayudante de cámara desde el otro lado de la puerta—. Acaban de traer las prendas que faltaban para vuestro atuendo; os he dejado todo sobre el sillón.

—Gracias —respondió el joven sacerdote—. Dame un minuto.

Tewyn salió de la bañera, se secó con una gran toalla perfumada y se quedó estudiando su cuerpo en el gran espejo de la pared. Poco le interesaban sus brazos y sus piernas; su constitución fuerte y musculosa era el resultado esperable de la natación diaria y las competiciones deportivas durante los cinco soles de su diaconado. Se detuvo en las dos cosas que habían cambiado hacía poco. El día anterior le habían reemplazado la corta cabellera rubia y su elegante tonsura por una calva resplandeciente. Se pasó la mano por la cabeza despejada, símbolo de que ahora pertenecía al selecto grupo de iniciados en las artes arcanas: no era un presbítero como tantos otros, sino un inquisidor. Y hacía quince días la Diosa había calcinado sus testículos, dejando ahí abajo un pene solitario y una cicatriz distinguida. Se palpó la entrepierna, contento de que la dulce deidad de mirada azul lo hubiese liberado de los apetitos incontrolados de su carne. Por fin estaba equipado para barrer los obstáculos para el culto de la Diosa; usaría sus dones como *observador* y *movedor*, apartando a los individuos dañinos y erradicando las falsas doctrinas.

Entró en su nuevo dormitorio, una habitación en la residencia del monasterio que equivalía a cinco o seis celdas como las que conocía del seminario. Abrió el ventanal a su izquierda para ver mejor los árboles del pequeño jardín que la próxima primavera lo agasajarían con sus fragancias: el limonero, aquel exótico descendiente de una semilla traída del planeta